

Reproducción

Número 92. — Tomo V.

10 de Marzo de 1923.

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 250

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas


Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 92 * 10 de Marzo de 1923 * Tomo V

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

En recuerdo de Scalabrini

Fundador del Museo de Paraná, explorador de las barrancas del Antoñico y del Espinillo, fundador del primer Seminario de Filosofía argentino.

(Fragmento de un artículo de Victor Mercante).

No nos dictó un curso crítico, método que repudiaba, sino de comprensión total, precedido de un bosquejo para fijar el espíritu, método y doctrina del Positivismo, mal interpretado a través de los manuales, de los resúmenes, de las historias, de las conferencias y de los lectores fragmentarios. Justificados los esfuerzos, concebimos a la humanidad como un todo en continuo crecimiento; la obra de los unos se sumaba a la de los otros, expuesta a enfermedades o crisis que preparan períodos de aceleración y desarrollo.

Por los hechos, postulados eviden-

tes, se comenzaba a realizar la vida útil. El punto de partida del conocimiento, era, así, la ciencia, que merced a sus métodos inducía leyes, establecía principios y podía arriesgar hipótesis; el espíritu poseía el don no solamente del análisis para descubrir, sino de la abstracción, para sintetizar, deducir, suponer, forjar teorías, extenderse más allá del límite de las cosas. Nos convencimos de que las ciencias, a pesar de su autonomía, se solidarizan por el auxilio que prestan las unas a las otras, obedeciendo a leyes de afinidad; como las ramas de un árbol, crecen complicando sus métodos, a medida que los problemas son más vastos. La filosofía tenía a su cargo la misión de explicar las relaciones para construir el edificio armónico del conocimiento desde el origen, preocupados menos de lo absoluto que de los principios, para ir hacia el infinito, agrandando el horizonte del espacio mental.

La repetición de los hechos constituye la ley, nos decía Scalabrini, pensando en Galileo y Bacon, que Comte elevaba a la categoría de los prime-

ros pensadores de la Humanidad; la ley, que explica la existencia o estabilidad de las cosas y sus relaciones. El hecho debe considerarse como un elemento irreductible del que no podemos desprendernos, para percibir el fin de los actos, so pena de una inquietud estéril, y perturbadora de la obra de los demás. Estéril como el criticismo es «el más allá», sin antes conquistarlo por los procedimientos con que se ha capitalizado el saber dentro de la ley, única arma de alcance con que se puede inferir, deducir, generalizar, llegar a la hipótesis, siempre que no nos propongamos fabricar castillos en el aire. Un problema de unidad y de amor sin antecedentes, resolvía Comte. De verdad en cuanto se elevaba sobre el cimiento de las cosas tal como las percibía nuestro espíritu a través de la experiencia; de belleza en cuanto que todo se resolvía en un concierto admirable de ideas, persiguiendo la felicidad por el amor al bien o lo bueno que el mundo nos ofrece, al tener conciencia de las cosas. La metafísica era una manifestación de la impaciencia del hombre, deseoso de llegar donde

no puede irse sino al paso medurado de la investigación. Una especie de niño que pretende ser artista sin someterse a la disciplina del tiempo para realizar la proeza. El positivismo consideraba inútil ocuparse de las causas primeras o resolver los problemas que preocuparán dentro de quince mil años. Se debe ir hacia ellos, hacia el pasado o hacia el porvenir, trazando un camino que nos permita volver la vista al lugar donde realizamos la vida. No es que el absoluto ni el infinito, donde las causas primeras y últimas van a perderse, no existan. No desconocemos, nos decía el profesor, la necesidad de una solución a las cuestiones del principio y fin de las cosas. Pero sin las cosas no existe para el viajero sino un mar sin orillas, ni más barca para navegarlo que la que tiende la vela de su fantasía poética o religiosa. La filosofía positiva no es conservadora, revolucionaria, espiritualista, ni materialista; es sistemáticamente constructiva; es la razón de ser de la historia, basada en los principios de la ciencia, enemiga de lo sobrenatural, de los que explican lo más

difícil sin los métodos de la experiencia, de la observación y del razonamiento. Las innovaciones más modestas sin apoyo en lo evidente, son negativas y estériles. Convencidos de que el progreso era un movimiento lento y continuo que obedecía a fuerzas independientes de la voluntad, condenábamos la revolución y la guerra. Lo que nos admiraba, apasionados por el horizonte abierto a las actividades de nuestro cerebro, era el sentimiento de bondad y justicia que aprendíamos en la obra del filósofo, para quien no existían más réprobos que aquellos que como Nerón o Calígula eran monstruos o anegaban en sangre sus épocas. Mi espíritu engrandeció cuando advertí, premiados por el criterio histórico, todos los hombres que se esforzaron en iluminar a sus semejantes, o mejorarlos, fuera cual fuera su raza, su credo, sus sentimientos: Homero, Sócrates, San Pablo, Mahoma, Santo Tomás, Dante, Rafael, Galileo, Newton, Richelieu, Calderón, Volta. Los novecentistas, inquietados por la sed de originalidad, realizan la obra de Gorgias cuando emplean la palabra

rancio, porque la filosofía es un sistema de comprensión total.

Bergson ha glorificado esa concepción culminante del siglo XIX, declarando la imposibilidad de sustituirla. Por eso Comte y Spencer siguen siendo, hasta que no llegue quien los resuma, como éstos resumieron a sus antecesores, modernizándolos con los nuevos aspectos del saber, los faros de esta marcha sin ocaso. (1) El Positivismo ha proclamado, por eso, no la destrucción, sino la revisión de valores, que es el modo matemático de corregir, no mediante el instrumento de la crítica, sino el seguro del análisis y la síntesis. La ciencia y los métodos del siglo XIX siguen siendo los del siglo XX. Hay que agregarse a sus filósofos si no queremos ser pobres vergonzantes de ideas o mercaderes de paradojas. Cuando nos enteramos de que Comte condenaba la Revolución francesa, quedámos perplejos,

(1) A mi parecer, Taine corrigió y resumió a Comte y Spencer. Después, comenzó la reacción mística de que no hemos salido todavía.

E. J. R.

acostumbrados a las conmemoraciones del 14 de Julio. Sólo veinte años más tarde, leyendo los pormenores de aquel conflicto, nos dimos cuenta de los motivos del filósofo. La reacción es una explosión de odios que ahoga en sangre la mejor semilla. Los pueblos reivindican sus derechos y alcanzan sus aspiraciones con la educación. La escuela y el colegio engendran las fuerzas que elevan, abriendo caminos amplios para llegar a los ideales. Lo demás es la solución trágica de una quimera. Scalabrini proclamaba la necesidad de tener «convicciones dentro de un sistema», respetando los contrarios. Tan celoso era de nuestra independencia, que nunca emitió juicios que pudieran menoscabar nuestra labor de seminario.

La investigación filosófica en los libros de Comte y sus comentaristas como Littré, Robinet, Estassen, Bourdet, Lagarrigue, Stuart Mill, etc., había robustecido mi criterio y la capacidad de leer cualquier tratado, por abstruso que fuera, que viniera a mis manos. Tenía la conciencia de una disciplina a la que podía someter mis ideas y las de los demás; en fin, no había

aprendido el catecismo de los prosélitos; había asimilado la doctrina, el espíritu y el método de un sistema que son los recursos dinamógenos del pensador. Así, pensé acerca de la enseñanza, en la conveniencia de una revisión de las teorías y prácticas en uso, empíricas y un tanto ajenas al espíritu de la ciencia. La antropología y particularmente la psicología, debían constituir su base primaria; una psicología descriptiva de la infancia y de la adolescencia que diera a conocer las modalidades de cada edad y cada sexo para adaptar el hombre al ambiente social y político en que actúa, evitando la dispersión de eso que llamamos aptitudes y que el novecentismo denomina vocación o facilidad.

La «instrucción», en el positivismo, la adquisición de nociones concernientes al hombre, las cosas y fenómenos, es el propósito esencial de la escuela. De aquí esa marcha de procedimientos, lógica con la ciencia misma, de la práctica a la teoría; de la sensación a la idea; de los hechos particulares a los principios generales.

Partidos de "Ideas"

Con marcada altisonancia anuncian algunos políticos que sus partidos no son de personas sino de ideas. ¡Qué candor y qué novedad! ¡Si por ahí pecan y han pecado casi siempre los partidos! Son de ideas (idea de lucro, idea de venganza, idea de religión, etc., etc.), pero se vota por PERSONAS, examinadas exclusivamente desde el punto de vista de dichas ideas. Así, en la administración pública se procede exactamente a la inversa de como se procede en todas las administraciones privadas bien organizadas. ¿Cuál es el comerciante o industrial juicioso que al escoger colaboradores o mandatarios se detiene a examinar ideas en lugar de exigir pruebas de INTELIGENCIA Y HONRADEZ? Igualmente, personas que hayan demostrado de algún modo su inteligencia y su honradez, es lo que debería requerirse en la administración del Estado. La actividad, la veracidad, las cualidades de fondo, «las limpiezas mentales» son lo importante. Son lo importante, digo, porque

sólo ellas pueden constituir probabilidad de buen gobierno. Probabilidad, no certidumbre; pues, según lo hacía notar hace bastantes años el ilustre chileno Alejandro Venegas:

“puede un hombre ser muy probo en su vida privada y en sus asuntos comerciales, y, sin embargo, permitirse libertades en política que en otro orden de cosas él mismo no se tomaría, ni toleraría en los demás. La política es ocasionada a mentiras, engaños, infidencias y muchos otros géneros de acciones inmorales; por eso los hombres que asumen la responsabilidad de directores de pueblos, deben estar fortalecidos por un caudal muy grande de virtudes y en particular de patriotismo, que los apoyen para no resbalar”.

Otra cosa curiosa de los PARTIDOS DE IDEAS es su irresistible tendencia a incurrir en personalidades cuando se trata de atacar a los miembros de otras agrupaciones políticas. ¡Qué ideas!

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

En la mesa y en el juego...

En la mesa y en el juego, la educación se ve desde luego. Y nada buena se ve al cabo de treinta años de florecimiento del espiritualismo oriental. Han sostenido durante este tiempo los maestros de escuela que no es la instrucción el principal medio de educar; que sus alumnos no sabrían en adelante mucho de matemáticas o de física, pero tendrían en cambio más templado carácter y mejor corazón. Lo han dicho en Costa Rica y en casi todas partes, pues la reacción contra el cientismo ha sido alarmanamente general. Y ahora, volviendo al refrán y mirando al juego, cabe preguntarles: ¿Qué tal? ¿Estáis satisfechos? ¿Nuestros costarricenses son hoy menos salvajes que en 1880? ¿Se han mostrado mejores los alemanes destruyendo POR DEPORTE grandiosos monumentos? ¿Se muestran mejores los franceses dejándose contaminar en todas direcciones por las barbaridades de los pueblos vecinos y aun de los lejanos? ¿Os parecen mejores los ingleses

y estadounidense con sus pugilatos y demás juegos de manos—o de villanos, según quiera leerse? ¿Han suprimido los españoles, en sus corridas la INNECESARIA muerte del toro y el sacrificio de los caballos? O al menos, ya que en el caso de España se trata de un mal de raíces seculares, ¿ha dejado de obstinarse el elemento oficial de esta nación en realzar aparatosamente un género de diversiones que más bien convendría disimular?

Si los países citados como ejemplos no tienen hoy derecho para lanzar acusación alguna contra la incultura española, los latinoamericanos lo tenemos por distintas razones. Primeramente, porque somos de la misma casa: somos parientes cercanos, que moldeamos el pensamiento en la misma forma y podemos decirnos las verdades, sin lugar a sospecha de mala intención. Segundo, porque podemos hablar en nombre de dos cualidades excepcionales que todavía poseemos—al lado de tantos defectos e inferioridades—: nuestra liberalidad o largueza y nuestro respeto a la vida. Cuando no estamos dominados por una pasión o por

el alcohol, nos detenemos aun ante el criminal más culpable. Entre nosotros, la pena de muerte jamás ha sido aplicada normalmente y a sangre fría.

Nuestras diversiones públicas, hasta hace poco, no han sido crueles: si alguna vez ha corrido en ellas sangre, ha sido fuera del programa. En nuestros circos, el espectáculo se ha reducido a una variante del que ofrece la muchedumbre en las mojigangas de las fiestas cívicas azuzando al CUJEN, para huir luego a la desbandada, o del que ofrece en los juegos pirotécnicos arremolinándose al paso del TORO GUACO.

¡Y debemos velar por que lo malo de otras regiones no siente plaza en la nuestra! ¡Que no penetre el brutal boxeo del Norte ni el toreo a la española!

No soy sentimental. Por causas de oficio y circunstancias particulares, hecho al cuadro de todos los dolores, quiero que mi pluma no se deje llevar más que por el cerebro. Pues bien, así, por simple razonamiento, llamo salvajes—esto es incultos—a cuantos destruyen SIN NECESIDAD: al que desbarata por capricho una silla o una mesa, que son obras humanas; al que des-

troza por gusto un árbol o hiere a un pajarillo, que son obras de la naturaleza.

Todo vive a su modo y todo se encadena. Del pecado venial se pasa al excesivo con imperceptible transición. Desde el niño que ensucia, por puro afán de molestar, la pared recién encalada, hasta el otro que derriba con una piedra un nido inofensivo, por sólo probar su puntería, hay una escala de salvajismo creciente, cuyos peldaños no son fáciles de medir.

De la educación en la mesa, no he de tratar, pues no paso en los comedores sino breves minutos del día. Pero voy a decir algo referente a la carne que se sirve en la mesa.

En distintos lugares y ocasiones he demostrado cuánto me preocupo con el problema de la alimentación. Nada tengo que cambiarle a mi último artículo. Comenzaba reproduciendo las palabras de Duclos: «La naturaleza suministra el alimento; los hombres organizan el hambre», y concluía con la siguiente afirmación: «Un buen régimen alimenticio no consiente exclu-

sivismos de ningún género: la variedad es condición primordial.

Lo que hoy deseo descubrir es el desencanto con que hube de llegar a tal conclusión. Yo deseaba con vehemencia encontrar razones científicas para condenar la carne. Sabía bien que nuestro aparato digestivo semeja más al del león que al del cordero, pero calentaba la esperanza de llegar a obviar las dificultades para excluir redondamente la carne.

Y es porque detesto los mataderos. Conozco algunos de los mejores. No ignoro cuánto se ha hecho para endulzar la muerte de los animales y para alejar de tan desagradable sitio la masa de los curiosos. Pero, con todo, siguen siendo los mataderos centros de desmoralización. La casta de los empleados ordinarios de esos lugares constituye una de las más peligrosas, según las estadísticas de las grandes ciudades.

Aquel cuyo ánimo no se mueve a la vista de una vida que se acaba, está aparejado para las mayores crueldades.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

18 de febrero de 1923.

Una miscelánea de **EOS**

Soy un simple comerciante del Imperio de Cervantes. No me creo muy tonto, puesto que he podido hacer en diez años el capital que necesito, sin recurrir a engaños ni falsificaciones de ninguna especie. Pero mi caudal literario y científico cabe en poco espacio, pues no he pasado por las escuelas de don Mauro ni he aprendido nada en el Liceo. La iniciación en los conocimientos de cálculo y de gramática que he adquirido —escasísimos, repito— la debo casi entera a las lecciones privadas de un maestro que llamaré don Celso, ya que él no quiere que su nombre verdadero vuelva a figurar entre los mentores de la actual generación. Ello fué hace 28 años, en el barrio de la Soledad.

Dos palabras, matemáticas y lenguas, llenaban el prospecto de aquella escuela embrionaria, sin horario, sin programas y radicalmente neutra en el dominio de lo sentimental (religión, etc.). Don Celso era entonces —y lo es de seguro todavía— un intelectualista puro, al modo del segundo tercio del siglo XIX.

En matemáticas, aprendí cuanto he utilizado en mi comercio; pero soy incapaz de decir si mis procedimientos son aritméticos o algebraicos, euclidianos o analíticos. No se me enseñó a distinguir divisiones en el conjunto de nociones conseguidas, conjunto homogéneo y tan sencillo como fecundo.

En forma de ejercicios de lenguaje, recibí

los primeros elementos de fisiología, de física, de geografía. «Para dirigir bien estos ejercicios, son indispensables una ilustración tan honda y una experiencia tan rica como no es posible poseer con mi cabeza y a mi edad», decía don Celso—que contaba entonces unos veintiséis años.—«Para no perderme, agregaba, voy a procurar no hablar sino de las cosas que me parecen claras y que se armonizan bien unas con otras en mi mente. Y en cuanto a reglas o gramática, voy a procurar olvidarme de que soy costarricense y buscar sólo aquello que pudiera ser igualmente útil a un francés, a un inglés, a un italiano.»

Don Celso se enojaba cuando alguno le hacía la pregunta de: ¿Qué idioma le gusta a Ud. más? «A mi no me gusta ninguna peculiaridad, ningún idioma,» contestaba siempre. «A mi solamente me interesa el lenguaje del hombre.»

*

La perfección del lenguaje: tal ha de ser el fin de la escuela, si ella ha de ser imagen compendiada de la naturaleza misma. Toda la evolución orgánica que conocemos culmina en el hombre, y el hombre es un organismo que habla. Hablar bien es expresar la verdad, reflejar con exactitud la naturaleza.

*

La evolución biológica entera tiende hacia la capacitación para la abstracción. Sentir propiamente, es abstraer. Razonar, es abs-

traer. Hablar, es abstraer. Cuando digo que el hombre es un organismo que habla, digo que es un organismo capacitado para la abstracción.

*

Dos personas que se entienden bien; que hablan una misma lengua y *dan a sus palabras un valor semejante*, son dos personas que están en el mismo grado de evolución biológica, por diversas que parezcan sus formas orgánicas, en color, estatura, etc.

Sin comunidad de lenguaje, no hay asociación eficaz de esfuerzos.

Y esta comunidad debe ser tanto más perfecta cuanto más elevado sea el objeto de dichos esfuerzos.

La comunidad de lenguaje no se aprecia fonéticamente. Es muy secundario para mí que usted diga *libertad, liberté o liberty*; lo importante es que nuestro concepto de libertad sea igual o muy parecido. Pero, a falta de otro indicio, la semejanza fonética debe servir para apreciar el grado de parentesco, sobre todo cuando se trata de apreciarlo, no entre individuos aislados, sino entre pueblos enteros.

*

Si no tenemos hecho con Dios el trato de que hablaba Larra, acerca de la fijeza de las palabras, es ya tiempo de hacerlo, o renunciemos para siempre a entendernos.

*

De los relatos de la Historia Sagrada que aprendí en la escuela, ninguno me ha im-

presionado tanto, durante toda mi vida, como el de la Torre de Babel.

Nunca podrá ser imaginado más terrible castigo contra la soberbia de los hombres que éste, de la confusión de las lenguas.

Mientras no nos entendamos, la torre de la sabiduría no se levantará. Las ciencias particulares (la mecánica, la química, etc.) van construyendo fragmentos, nada más.

*

Yo no reputo por buen trabajador, en ningún orden de cosas, al que no procura hablar en términos precisos.

*

El pueblo más culto—a mis ojos—es Francia, porque es el único del mundo en que un sabio puede hablar a su portera correctamente y sin esfuerzo y ser comprendido por ella.

*

Está bien que se hagan a un lado los libros de texto **EN LAS ESCUELAS**. Estos libros deben servir únicamente a los maestros, a los padres de familia y a todos los que estudian solos—niños o viejos—o bajo la remota influencia de un simple mentor. Esta última clase es mucho más importante de lo que se cree corrientemente. Hace 18 años que salí de la enseñanza escolar propiamente dicha; pero no he cesado de hacer el papel del mentor que aclara una frase de un libro o explica el sentido de una palabra. Son

muchos los jóvenes, empleados en talleres o en casas de comercio, que necesitan que se les ayude de tiempo en tiempo en el estudio por ellos emprendido valientemente, a solas y sin pensar en exámenes.

Lo que está muy mal, a mi juicio, en las escuelas propiamente dichas, es que los libros de texto sean reemplazados por los cuadernos de apuntes llevados por los niños. Estos cuadernos ofrecen todos los inconvenientes de los libros, más una multitud de otros peores. Las PALABRAS ORDENADAS Y FRIAS son justamente las únicas palabras que deben ser retenidas.

*

Nunca he olvidado una explicación del maestro de mi juventud, discípulo de Spencer, según ahora comprendo. Después de explicarnos el complejo papel de las religiones en la vida de los hombres, valiéndose para ello de variadas citas históricas, nos dijo un día: «Pues bien, digan que ya saben algo de lo que hace el miedo, porque todas las religiones son hijas del miedo a la muerte.»

Por todas partes he descubierto después los frutos del miedo. En lo que me atañe personalmente, puedo asegurar que todos los desaciertos no atribuibles simplemente a mi ignorancia, debo atribuirselos a algún miedo.

Se discurre a menudo acerca de los milagros de la confianza, o de la esperanza, o de la fe—que salva montañas—, ¿no sería también bueno discurrir igualmente, o ma-

yormente, acerca de los milagros del miedo, que hace posibles las situaciones sociales más aflictivas?

Cuando esté más viejo, y vuelvan las supersticiones a hacer su irrupción en mi cabeza, o se yergan las que hayan quedado en algún rincón agazapadas, el primer dios ante el cual voy a doblarme,—ya lo verán—, será el dios del miedo, que es como si dijera todos los dioses, a juicio del maestro citado.

*

¡Libertad de conciencia! ¡Cuán hermosa y qué triste expresión! Con una sola palabra podriase decir lo mismo: ¡IGNORANCIA!—En matemáticas o en química, no hay libertad de conciencia. En filosofía, sí: es el reconocimiento de que no sabemos nada o de que sabemos muy poco.—En un cuarto a oscuras, sin luz ni algo que pueda orientarnos, pregúnteme Ud: «¿por dónde cojo?», que yo le responderé; «por donde guste, con plena libertad de conciencia».

*

EN una junta en que se quisiera trabajar seriamente contra la miseria y contra el dolor, sería preciso colocar a la entrada esta leyenda: «¡Deje Ud. afuera la fe y el corazón!» No está mal el buscar paliativos para las desgracias presentes, pero es mucho mejor procurar evitar las futuras. Y para esto no sé de ningún recurso que no se reduzca en último examen a la *difusión de la verdad* y a su corolario: la facilitación de los

medios de trabajo. La ignorancia es la madre de todas las desdichas evitables. Esta es mi convicción. A la lucha contra la ignorancia dedico yo todo mi entusiasmo.

*

Mi palabra carece de valor; pero he de decir que no veo la razón para que una diferencia de objeto exija una diferencia de método. Pienso que no hay más que una buena manera de estudiar, cualquiera que sea el objeto de estudio, y que esta manera no la hemos inventado nosotros solos, sino que es hija de la naturaleza misma; y encuentro en la aplicación de dicha manera las propias imperfecciones que encuentro en nuestra adaptación orgánica al mundo que nos rodea: a medida que esta adaptación se perfecciona, mejorándose el *instrumento de razonamiento*, se hará más fecundo el método natural, que es y será siempre *el razonamiento discursivo*.

Al lado de los positivistas a que se alude habitualmente, hay otros filósofos que también quieren ser llamados positivistas y que, sin embargo, sólo injustamente pueden ser acusados de agnosticismo: ellos no sostienen a priori la insolubilidad de ningún problema: se limitan a afirmar su resolución de no abandonar en ningún caso el método empleado en las ciencias positivas (química, etc.). Estos filósofos, si alguna vez responden «no puedo o no quiero ocuparme de tal cuestión», es porque el proponente de la cuestión sien-

ta de antemano que ella no puede ser resuelta por el razonamiento discursivo.

¿No es dicho proponente el verdadero agnosticista?

*

Durante los últimos 20 años precedentes al de 1914, los presagios de desgracia habianse hecho lo bastante patentes y numerosos para que la declaración de guerra pudiera sorprender a una persona mayor de edad. Para predecir con certeza un cataclismo, habria bastado el fijarse en el incremento que tomaban las diversas formas de anti-intelectualismo y de socialismo de Estado. Cuando el individuo se acobarda y *pierde la cabeza*, y, desconfiando de la razón y de la ciencia, pide consuelo a la superstición, y luz y pan al Estado, la tempestad está cerca. La regla no falla. Esas cosas vienen siempre juntas.

*

Reducido el Estado al patrón de sencillez proclamado por los individualistas, refrenada la burocracia, el problema de la tributación no presentaría las dificultades actuales.

En punto de impuestos, la regla de oro es: que puedan ser recaudados sin exceso de gastos y que la recaudación no se preste a injusticias ni al fomento del servilismo. Salvo el impuesto territorial propiamente dicho, puede fácilmente probarse que casi todos los impuestos directos pecan contra dicha regla.

Los peores impuestos son los *personales* (sobre la renta, etc.), por ser los mayormente sujetos a la evaluación arbitraria de los burócratas—más o menos venales o ignorantes—y a la declaración—más o menos falaz—de los contribuyentes.

*

Sin libertad, no habléis de fomento a la producción. Dejad al agricultor que obedezca tranquilamente a su razón y a su ciencia—la ciencia es la experiencia propia sumada a la experiencia ajena—; aseguradle que no vais a intervenir en sus planes ni a desbaratar sus cálculos; dadle esta libertad y le habréis dado a él cuanto da el sol a la planta.—;No estorbéis el juego natural de las cosas!

*

La relación entre la demanda y la producción es lo que da el precio de un artículo. Cuanto inventéis en contra de esta verdad no pasará de locura e intento vano.—Releed la historia, desde Diocleciano acá, si no queréis ir más lejos, os desafío a que me citéis un solo caso que no venga en apoyo de mi afirmación.

*

En el cuaderno N.º 1 de Eos, página 32, dije: «Hay modos de pensar y de razonar que son comunes a todas las personas sanas. La lógica estudia estos modos, investiga las leyes del razonamiento, y es así quizás la más importante de las ciencias».

Lo cual muestra la importancia que a mi parecer tiene la lógica. No puede ella enseñar a razonar bien a quien de suyo no sea racional; no hay ciencia que baste a cambiar en buena una cabeza mala; pero si puede la lógica enseñarle al bien capacitado, a distinguir del falso el buen razonamiento.

Y esto es enorme. La posesión efectiva de la lógica significa a la vez ciencia y salud y es mil veces más valiosa que cualquier otra posesión. Hoy por hoy, sin embargo, significa más salud que ciencia. La lógica, en efecto, está apenas en vía de vagos esbozos, sin que haya acuerdo entre sus cultivadores.

Por tanto, no cabe asignarle ningún primer puesto entre los ejercicios de segunda enseñanza.

Además, lógica sin palabras bien definidas es un contrasentido.

Nadie debe emprender el estudio de la lógica si no conoce bien su lengua. Y ahí tiene Ud. una de las muchas razones por las cuales sostengo que el estudio de las raíces griegas es de inestimable valor en los colegios, como remate de la segunda enseñanza.

La adquisición memorativa, casi diría mecánica, de las lenguas y de las matemáticas es muy difícil a partir de cierta edad. Por lo mismo, débese prestarle preferente atención en la infancia y en la juventud. Todo lo demás puede ser hecho —y hecho muchísimo mejor— en los años de madurez.

*

¿No habrá, pues, manera de entenderse?— Ya no niego los hechos que Ud. ha observado. ¿Cómo negarlos? Lo que niego rotundamente es la EXPLICACIÓN que Ud. les da.— La disciplina científica que Ud. desprecia, es precisamente la condición indispensable para «hacer ciencia». La disciplina científica no consiste en negar la existencia de las cosas que uno no ha tocado; dicha disciplina consiste en negar las explicaciones contrarias a lo que uno sabe.—Ni en filosofía ni en ciencia puede decirse *yo creo*; lo único que cabe decirse es *sé* o *no sé*. Yo sé que 2 y 2 son 4. Yo sé que cuando un cuerpo elástico choca contra un obstáculo y se refleja, el ángulo de reflexión es igual al de incidencia. La cantidad de cosas que no sé es inmensa. Puedo *creer* lo que se me antoje acerca de los hechos que Ud. dice haber observado; pero, *científicamente*, DEBO RECHAZAR una explicación según la cual ni 2 y 2 son cuatro ni el ángulo de reflexión es igual al de incidencia.

*

«Una cosa no es justa porque Dios la quiera: Dios quiere una cosa porque ella es justa»: esta es la expresión del supremo determinismo. La más alta libertad obedece a la razón.

*

Los «prácticos» y los adversarios solapados de la ciencia, éstos son los únicos enemigos

que debemos combatir. Católicos, logoarquistas, simples deterministas, todos podemos trabajar juntos en EOS—valgan lo que valieren nuestras diferencias—mientras tengamos confianza en la RAZÓN y en su obra: la verdadera TEORÍA.

El intelectualismo es nuestra bandera: «DEMOSTRAR O CALLARSE».

*

Siendo la ciencia lo único que no se puede improvisar, nada es tan natural como el favor de que gozan, entre ciertas clases sociales, las escuelas filosóficas que prometen a sus secuaces una SABIDURÍA BARATA.

*

La censura hija de la simpatía es la de mayor eficacia. El crítico bien intencionado relativamente a un autor, procura ante todo comprender a este autor aun a través de los defectos o vicios de expresión en que haya incurrido: hace como el químico *que limpia la piedra antes de analizarla*. ¿Pero tienen los autores *derecho* a estos miramientos? y ¿son enteramente inútiles las censuras del crítico que, contrariamente, busca de intento la manera de hacer resaltar aun las pequeñas imperfecciones y los ligeros descuidos de una obra?

*

...No se torture en vano. Busque la compañía del padre abnegado, del hijo afectuoso, del ciudadano que va del lado de la justicia, de los buenos en acción, sean cua-

les fueren sus pensamientos, y trabaje de día: *emplee su mente en lo que a usted parezca menos misterioso*: ¡no se deje seducir por lo que le asombre! Y si sobrevienen momentos de ansiedad y zozobra, agárrese del hilo que le ha traído hasta donde usted está. Conforme se perfeccione su visión externa del mundo y se afiance su fe en las leyes naturales, se establecerá, no digo la luz, la serenidad moral. Y si desca usted medir la bondad de su trabajo, mida la suma de alegría y buen humor que él le procura.

*

La diferenciación es la condición misma del amor, de la belleza, de la vida. Notas sonoras iguales, colores iguales, altitudes iguales, dan monotonía, nivelación, estancamiento. Sin diferenciación de individuos no hay *armonía* social posible, exactamente como—en el mundo físico—no hay armonía musical sin notas distintas, ni hay luz de sol o de estrella sin radiaciones diversas, ni hay perfume de flor sin esencias múltiples y variadas.

*

Las leyes de la naturaleza son muy sencillas, muy claras y abarcan el infinito. Sus moldes son inflexibles y es sin embargo inimaginable la diversidad de modalidades de acción que en ellos caben. Nuestros mandatarios proceden al revés: multiplican la letra, malgastan fuerzas y casi nada bueno alcanzan... ¡Con cuánta facilidad legislan los hombres y qué mal lo hacen!

*

Hay en mi un pensador—y lo hay también en cada uno de los que me leen—y hay junto a mi pensador un hombre pequeño, débil, repleto de pasiones y flaquezas. Si el hombre se abate al menor golpe, el pensador, en cambio, no se descorazona nunca. Estoy enteramente seguro de que el mal se mata necesariamente a sí mismo. No concibo injusticia ni error ni enfermedad que sean perdurables. Como pensador, miro apaciblemente hacia todos lados, en el tiempo y en el espacio.

(Reproducción solicitada).